

Para More



Fotogramas

*Todos estamos —oh, mi amor— tan llenos de retratos
interiores, tan llenos de paisajes no vivido.*

Elena Poniatowska

*La fotografía es, antes que nada, una manera de mirar.
No es la mirada misma.*

Susan Sontag



Autorretrato con otras letras

Plano detalle

La mesa estaba llena de plastilina. Culebritas y parches multicolores retenían las pupilas de María Eugenia; tenía la edad en que pensaba que concentrarse era mirar fijamente las cosas entrecerrando los ojos. Quería enmudecer los ruidos que distrajeran su esfuerzo; tenía muchas ganas de hacer pipí. Levantó su brazo derecho por lo menos tres veces, solicitando el gesto aprobatorio de la maestra. Solo deseaba que ella asintiera con la cabeza para salir en tropiezo al baño y liberarse de su apremiante necesidad. La maestra la ignoró a la primera, frunció el ceño a la segunda y, al tercer intento, le reprochó la insistencia: aquella ceja levantada en un triángulo insolente, que toda la clase sabía muy bien que indicaba enojo, minó las pocas fuerzas que le quedaban. Sintió un calorcito mojando su pantaleta, haciendo camino por sus piernas y enchumbando sus medias hasta formar un charquito alrededor de sus zapatos. El alivio fue vergonzoso; se le encendió el rostro y, para terminar aún más aguada de lo que ya estaba, dos lágrimas le corrieron por los cachetes. Hasta las culebras de plastilina parecieron sentir pena por ella

cuando el infaltable coro de sapos del preescolar la acusó, apuntándole inclemente.

—Maestra, María Eugenia se hizo pipí —proclamaron, encogidos en sus sillas pequeñas, rojas e incómodas.

La maestra se acercó; ya no parecía molesta. Sus cachetes estaban colorados como los de María Eugenia, pero por otro tipo de vergüenza. Ordenó a la clase silencio y, de inmediato, la llevó al baño. La descalzó, la limpió con toallitas húmedas, le limpió los zapatos y le colocó una muda de ropa limpia, de las que las mamás enviaban etiquetadas en bolsas plásticas para solucionar ese tipo de contratiempos. Cuando regresaron al salón, la maestra advirtió al grupo que lo de María Eugenia había sido un accidente y no permitiría ningún tipo de burla.

El episodio no volvió a repetirse hasta el tercer grado. María Eugenia sintió las mismas ganas e hizo angustiosas solicitudes; recibió la negativa de una maestra que sabía que nunca se sonrojaría. Cuando el tibio desahogo se deslizó por el pupitre en un hilo amarillo hasta el piso, la maestra la llamó cochina delante de todo el salón y la dejó de pie, ensopada en orina y llanto hasta la hora de salida.

La profesora dejó el colegio semanas después. María Eugenia no volvió a hacerse pipí en público, pero siguió mojando la cama hasta los doce años. Nunca hizo pijamadas.

De perfil

Frente al mostrador bien surtido, de metal y vidrio salpicado de huellas, Miguel fingía observar los empaques de caramelos. No le importaba que otros, lle-

gados tras él, fuesen despachados primero. Incluso si alguno de los empleados le preguntaba qué quería, se mantenía en actitud distraída. Miguel esperaba el momento en que no hubiese nadie más en la bodega para entonces pedir lo que le había encargado su madre. Era un esfuerzo encomiable juntar las palabras apropiadas para mantenerlas al borde de la lengua, calculando la perfecta soledad. Sudaba copiosamente y, cuando por fin abría la boca, su voz salía disparada, impulsada por el sofoco, tartamudeando. A veces, quien despachaba se divertía con su sufrimiento, fingiendo no haberle entendido. Miguel entonces palidecía, pues tenía que repetir todo, con el añadido de que probablemente ya había algún otro cliente esperando. A esas alturas la zozobra era tal que al recibir lo pedido salía corriendo sin el vuelto. Su madre siempre le reprendía, no por los centavos de menos que nunca llegaban, sino por aquella timidez que le imposibilitaba hacer lo que otros muchachos de su edad: ¡Qué callado! ¡qué tímido! ¡qué penoso! ¡qué gafo! ¡qué gallo!

Creció con todas esas palabras a cuestas, sintiéndose minusválido, patético, enfermo.

Finalizando el bachillerato se unió a un grupo teatral. Agarró algo de confianza. Aprendió a proyectar la voz, elevó los decibeles y acumuló tantos verbos que comenzó a hablar como metralla. Disimuló sus sudores y sustos. Se acostumbró a escucharse, a regodearse en sus opiniones; aprendió a esperar los vueltos. Habló hasta que lo consideraron extrovertido, entrador y simpatiquísimo. Su madre estaba harta de oírle hablar de todo y no darles chance a los demás. Miguel llegó a los veinte, quebrado e inadecuado, sin saber cuándo conversar o callar.

Plano medio

¿Cuántas mudanzas caben en una maleta? Tamara recuerda varias. Una de ellas a tierras rojas, calientes, donde la lluvia estruendosa partía el techo de la noche y el día, y las iguanas desfilaban sus verdes por los muros que separan las casas. Allí todo sabía a su color: los pon-sigués eran *amarillamentegustosos*, las ciruelas *rojamentejugosas*. A la edad de esos recuerdos, el sabor era una verdad tiránica. Lo esencial se desgranaba en su lengua. Las sensaciones eran un mapa donde los ríos se desesperaban por reunirse, rodeando la tierra, y su rumor no cesaba. Tamara llegó a amarlos como si, originariamente, fuese una sirena de sus aguas alborotadas y eternas.

Vivía en una casa rodeada por jardines, con ventanas en todas las habitaciones; la puerta trasera llevaba a un patio enorme, oloroso a mango y merey. Desde el porche, con sillas de mimbre y matas de cayenas rojas cundidas de hormigas, se veía, en la acera de enfrente, más allá de un terreno baldío, un edificio largo, con ventanitas pequeñas en las que se asomaban pañoletas blancas. Allí vivía una hilera de condenados.

—Nenita, salúdanos —le gritaban de vez en cuando, mientras su madre torcía el gesto y le peleaba a su padrastro la genial ocurrencia de escoger aquella casa frente a una cárcel.

—Nenita, feliz cumpleaños —gritaron varias veces, ante la evidencia de fiestas y payasos.

—Nenita, qué bonita estás —vocearon una primavera, cuando Tamara se subió a una carroza, coronada y con un vestido de flores. Creyó que sería siempre reina en esas riberas.

—Nenita, escóndanse —rogaron alarmados los condenados. Luego se oyeron las sirenas reventando la madrugada. Se reunieron todos en el cuarto del fondo, atemorizados, bajo una cama, huyendo del roce de los disparos; menos su padrastro, que seguía brindando en algún lugar.

—Nenita, los mataron.

Por varios días no agitaron sus trapos. Tamara soñó que los oía llorar desde sus ventanitas, quejándose por aquellos desdichados, paralizados en la carrera por uno, dos, tres... demasiados disparos sobre aquel terreno que ahora no parecía tan grande. La tierra chupó la sangre escapada de las ventanas, y su madre aconsejó una nueva mudanza. ¿Cuántas caben en una maleta? Tamara dejó la corona; ya no pensaba que sería siempre reina y sirena. En su mente guardó una de aquellas pañoletas blancas, de la hilera de condenados cuya sangre chupó la tierra.

Primer plano

Mariana regló tarde. Ya sus amigas le llevaban pechos y culitos por delante, y ella seguía siendo Marianita. A poco de cumplir los catorce, se apareció. El disimulo imponía tratarla como una visita: «Me vino la que te conté», avisó a las más cercanas. Por unos meses fue intermitente, y le disgustaba sobremanera, pero tocaba hacer de tripas corazón y aprender a lidiar con sus particularidades y los etcéteras que sus amigas le susurraban en la oreja. Era pudoroso no hablar abiertamente de ella. El truco rojo de la feminidad usaba su código, y Mariana creía que era un soberano fastidio.

Sin embargo, su menstruación se hizo regular: no más de cuatro días, flujo moderado, sin dolores ni calambres. Entonces logró un pacto de convivencia con *la que te conté*, porque había salido ganando en la lotería menstrual. Eso sí, nada impidió el alboroto de las hormonas y la piel. Cuando el primer beso le merodeó los senos y le hizo círculos pequeñitos y lentos en los pezones, no sintió la necesidad de aplicar freno. Dejó que le sobaran. Mariana quería recuperar un tiempo falsamente perdido y se intuyó animosa para dar la talla. En ese jardín que fue su cuerpo atrapó hierbas y garabatos. La *visita* jamás llegó tarde, y siempre fue muy elegante.

Pero el que no lo hace a la entrada, lo logra a la salida. Al crecer los muchachos, que parió sin dolor y anestesiada, la regla se fue ausentando, muy adelantada. De tan bien portada que estuvo por más de treinta años, al despedirse la dejó frenética y acalorada, coincidiendo con abundantes canas. El termostato de su vida terminó jodido para siempre, y las jaquecas le impiden tomar más de dos copas de cabernet sauvignon.

No todo es malo; afortunadamente, existe el pinot noir.

Plano general

Claudia deseaba despojarse de la carga, liberarse de culpas, asomarse imperfecta, inquieta, impaciente e insegura al precipicio de una edad que asumía con ambigüedad y exceso. Soltar las piezas refractarias que le arropaban: «¿Qué hay en mí enteramente mío? ¿No soy acaso la proyección de tantos eventos que me pre-

cedieron, como un cristal que refracta la luz que recibe? ¿No tomo y traduzco miles de horas antes de mí?».

Tenía más de un año sin hablar, por pura decisión. Sintió tantas veces en su vida que no comunicaba lo que pretendía: «Entre mis palabras y quien las recibe hay una distancia que no se muestra en metros, sino en sonidos que parecen desdoblarse en otro sentido. No hay alguien que realmente me lea, y me niego a recitar mi vida en seguidilla, a buscar detalles insostenibles en la memoria».

Veía las olas bailando a su alrededor; llegaban blancas y espumosas a la orilla de aquel instante. Las nubes no sonaban, pero parecían querer hablar. Sus pies se resistían al contacto con la arena fría, a hundirse en los restos helados de roca molida por un tiempo ajeno, una arena dispuesta a engullir huellas y el libro que dejó caer pasos atrás: «Ya no quiero leer una palabra más. Estoy harta de escribir y exhausta de significados». La brisa cortó sus pensamientos en dos y los escurrió: «A nada deseo prestarle atención, quiero ser olvidado y el cielo parece acoger mi vacío. No vuelan pájaros ni se reflejan peces».

La quietud era un anhelo y sentía desintegrarse todo recuerdo.

Tríptico en claro oscuro

Luigi Schiliro Petecchi nació en Milán, en un edificio en la Vía Brera y la esquina con la Vía Fiori Chiari. Allí vivió hasta sus ocho años, cuando se mudó con su madre, Elettra, a Gubbio, donde fue feliz a pesar de las sombras que le rodeaban: la muerte de su padre, la primera sombra que se proyectó delgada y torpe junto a la suya propia, porque nunca tuvo una explicación sobre su ausencia, así como tampoco la tuvo cuando se convirtió en el hijastro de Giacomo. Esa resolución de su madre se hizo también una sombra, incómoda y, a veces, humillante. De niño luchó contra la inquina de Giacomo; la inocencia le indicaba que algo malo debía estar haciendo para que aquel hombre, al que todos tildaban de bueno y maravilloso, lo tratase con tanto desdén. Elettra le despejó el esfuerzo recordándole lo parecido que era a su padre y lo mucho que ella le había amado. Desde ese día, Giacomo se le hizo transparente y se adaptó a la rutina familiar que su madre y su padrastro delinearon; tuvieron dos hijos, una hembra y un varón a quienes Luigi adoró hasta el último de sus días, y aunque el desprecio de Giacomo no se debilitó, él logró una invisibilidad cómoda y segura.

Entre las estrechas calles de piedra y los bosques de robles, Luigi se hizo un hombre inclinado a la belleza,

la palabra y la historia. A los doce años comenzó a trabajar con su padrastro y llegó a conocer el negocio del azafrán tanto como Giacomo —en los días oscuros que viviría más adelante, el recuerdo de aquellas mañanas de octubre recogiendo las flores para secarlas sobre brasas de madera fue lo que le brindó solaz y serenidad: la imagen de Elettra a la luz de los primeros rayos de sol, sosteniendo en sus manos largas y delicadas los brotes de color intenso, levantó una sonrisa invisible en su alma, y esa calidez le salvó—. Cuando su madre falleció, regresó a Milán a estudiar. La terca insistencia de Elettra por guardar dinero le permitió rentar un cuarto y tomar cursos en la Accademia di Belle Arti di Brera y en el Regio Politecnico di Milano. Vivió tiempos exaltados, y la animosidad de la edad le ofreció el vigor para asimilar todo lo que su mente deseaba abarcar. El día que sostuvo en las manos su primer libro publicado —un ensayo sobre las Tablas Eugubinas, que tanta fascinación le brindaron en sus días de adolescencia en Gubbio— sintió la alegría más genuina que hubiese experimentado en su joven vida. Apenas alcanzaba las cien páginas y lo firmó con un seudónimo: Virgilio Gaira. Lo dedicó a Sebastiano y Elettra. En el politécnico le otorgaron el grado de mecánico geómetra. Soñó con otros libros y reconocimientos, pero la guerra interrumpió cualquier posibilidad. Irse al frente de batalla fue la decisión más contundente de su vida y, en sus propias palabras, «la sombra más atroz», la que nunca le abandonó. Los caminos sembrados de muerte en los estrechos valles de Albania o las colinas de Grecia, los kilómetros recorridos durante la larga marcha a los gulags de Siberia, se convertirían en una memoria ne-

gra y densa que se suspendió sobre él como un reflejo mutilante hasta el último de sus días.

A su regreso a Italia, con la mitad del cuerpo insensible por la explosión de una granada, quedó asignado a La Scala de Milán como parte de un grupo de carabinieri custodio del patrimonio cultural estragado por los efectos de la guerra. El oficio de vigilar el vestíbulo, los pasillos, palcos y las galerías del teatro, fue un bálsamo para los horrores incurables vividos en combate. Por un tiempo, observando los ensayos de los montajes de ópera y conversando con los *loggionisti*, logró disipar los gritos más angustiosos que le perseguían. Sin embargo, el odio atrapado en las esquinas de Italia se impuso y, sintiéndose aislado, portador de sombras voluminosas, la vida le demandó la oportunidad de un nuevo comienzo. La palabra América se le presentó reluciente y nueva, en un mapa que le ofrecía esa esperanza perdida, en un país que señaló con un círculo de tinta verde. Viajó en un barco cargado de hombres y mujeres sedientos de una tierra que les borrara la historia dolorosa que les doblaba la espalda. Un seis de agosto de 1949 llegó a Venezuela. Con tinta roja escribieron en su pasaporte: *Inmigrante*, y se convirtió en el *musiú*.

El morbo, tras los chismes que la seguían vereda arriba y vereda abajo, era una sombra ruidosa, llena de alientos ásperos. Las lenguas brincaban sobre el asombro por la conducta reprobable del marido en fuga, entibiando la compasión por su desgracia con sus comentarios. La vecindad no tenía cómo lidiar con sus resoluciones ni con su indiferencia ante los rumores asomados en las ventanas y reventando las bisagras de

rabia. A sus cuatro hijos abandonados se le añadía el poco dinero ahorrado. Luisa Cristeta no tenía tiempo de reflexionar: había que trabajar, resolver, abreviar. Debía lidiar con el estigma de mujer separada y encarrilar al par de varones mayores para que le sirvieran de apoyo con las dos hembras menores; usar las manos para labores menos nobles que tejer y bordar. Esas, y no otras, eran sus tribulaciones. No le cabían en el cuerpo ni comentarios ni despechos. Además, no era la primera vez que la fuga se le convertía en una sombra gritona parada en el quicio de la puerta —era aún niña de trenzas y vestidos blancos almidonados cuando su padre perdió la hacienda en una mano de *ajiley*. Entonces, ella y sus hermanas pasaron de jugar en los corredores de la casona o pasear por los senderos arbolados, a trabajar en la torreta del trapiche y en los patios de secado del café. Cambiaron sus muñecas, con caritas de porcelana pintadas a mano y vestidos con encaje de Bruselas, por pepas de mango a las que les peinaban las hilachas y les cosían falditas de yute. Su madre fue, sin pretenderlo, una escuela, una cátedra de supervivencia—.

El matrimonio con un jovencito de buena familia le brindó un oasis por casi veinte años. La maternidad y la seguridad del hogar le permitieron una pausa. La bonanza le minó la intuición y creyó que viviría siempre así. Ahora, que la interrogante sobre su porvenir como mujer quedaba sepultada bajo el pensamiento decoroso con el cual fue marcada desde niña; que debía someterse a un gris prudente, casi luctuoso, cual si el marido, en vez de estar sudando en otras sábanas, estuviera muerto y cristia-

namente enterrado. Ahora, que nuevamente su vida era silenciada por el altavoz de la pobreza descarada, ¿pretendían señalarle con dedos torcidos un abandono del que no era responsable?

Los hijos se adaptaron obedientes a las circunstancias; los varones respondieron al auxilio y terminaron de hacerse hombres en la calle, ganándose los reales que se sumaban al pote de sus esfuerzos lavando y planchando ropas de otros. Los fines de semana hacía dulces para la venta. Algunos parientes arquearon las cejas ante su empeño en sobrevivir; sin duda era más elegante ver a una mujer abandonada echarse a morir y no aquel disparate de lavar calzoncillos de gente sin rostro o dejar que los muchachos salieran dando voces para ofrecer aliados, bocadillos y majarete. La sombra de esos rostros tampoco le hacía mella. La familia política, que jamás reconocería la ofensa de aquel primogénito ladino y pendenciero, decidió reparar cualquier daño hecho asumiendo la educación de sus dos niñas. La mayor, la que en sus rasgos prometía más sangre del apellido paterno, fue enviada a Jamaica a estudiar inglés, como correspondía a una señorita ya en edad de buscar marido apropiado. La más pequeña seguiría en su colegio. Tenía apenas doce años, pero ya se sentía estremecida por las sombras ajenas.

Cuando Luisa alcanzó la serenidad del olvido, solicitó el divorcio por separación de cuerpos. Ansiaba el despojo de un estado civil que le resultaba tramposo y chucuto. Otra paja en los ojos de propios y extraños, pues tampoco era elegante ser pionera en esas lides: era una atrevida, obviando su rol de objeto portable, dejado y olvidado, semioculto a los demás, con el ros-

tro transfigurado por el llanto ¿Una viuda sin muerto? Ese no sería su caso.

Luisa Cristeta era cortejada por un *musiú*. Un italiano perfecto, alto y de ojos azules muy claros; trabajador y entrañable, dispuesto a amarla con los cuatro hijos que recibía de la nueva tierra que ahora era su hogar, donde todo era tan abundante y prodigioso que hasta las mujeres llegaban con los mandados hechos. Luigi encontró en ella un amor reposado, armonioso y lleno de los hijos que él nunca podría tener. Se tomaron el tiempo necesario para que los muchachos aceptaran la suma, a aquel extranjero que sabía estar sin imponerse, que brindaba certezas y amabilidad, que traía anécdotas y palabras ajenas. Luego se casaron sin bochinchas, sin alborotos, rodeados de muy pocos, los justos. Ella se vistió de flores: no era mujer de contradicciones. Se casó convencida y enamorada, quizá más convencida que enamorada.

En su primera noche como marido y mujer, el *musiú* la vio aparecer con un camisón blanco, bordado y cerrado hasta el cuello. Luigi la despojó de aquella prenda con paciencia y, por vez primera, Luisa se presentó desnuda ante alguien, desnuda de piel, de pasados y vergüenzas. Esa noche se prometieron abrazar los recuerdos oscuros que les acompañaban y llenar de claros la vida que les restaba.

Lo que siguió... eso es otra historia.